

Juan Carlos Coppel

(Arizona, EE.UU., 1986)

«Quema 1, 2016».
Impresión sobre papel de algodón, 100 x 150 cm.

Por **Josefina de la Maza**
Investigadora CIAH, Universidad Mayor



Comienza a caer la tarde en un lugar que no conocemos. Un sol apocalíptico, al centro de la imagen, desciende en dirección a la línea del horizonte —una línea que apenas se dibuja a la lejanía. En el aire se percibe una niebla densa y oscura que impide ver más allá. La espesa calima, sumada a la tierra baldía y seca que ocupa poco menos de un tercio de la imagen, nos invita a pensar que estamos ante una tierra abandonada, en un lugar inhabitable. La composición de la fotografía es convencional y su encuadre nos remite rápidamente al género del paisaje y, en particular, al motivo del atardecer. La línea del horizonte y la forma circular del sol son los dos elementos que estructuran la foto: un punto luminoso y una línea difusa. A diferencia de otras imágenes que representan el mismo motivo no estamos ante un atardecer placentero. Tampoco estamos ante una imagen que romantiza o sublima la naturaleza. Al contrario, el paisaje que vemos es uno difícil, árido e inhóspito que fácilmente podría formar parte de un repertorio de imágenes de ciencia ficción asociado a un posible apocalipsis. De modo más directo —y más real—, es una fotografía que se inserta en el imaginario del cambio climático.

La obra de **Juan Carlos Coppel**, artista mexicano nacido en Estados Unidos, forma parte de una serie realizada en el 2016 titulada «**Quema**». El paisaje retratado es el del Estado de Sonora en el norte de México, región en la que el artista ha vivido gran parte de su vida. Coppel viene de una familia de agricultores y él también lo es. La tierra capturada por su lente es la de su familia. A pesar de su cercanía con el tema —o tal vez por esa misma razón—, el fotógrafo elude capturar las faenas del campo a través de una representación pintoresca de la cotidianeidad de los campesinos. No hay escala humana en la imagen, sólo la inmensidad de un paisaje desolado que nos obliga a preguntar qué es lo que estamos observando. Y si bien la respuesta es sencilla, ella también es, al mismo tiempo, ética y ecológicamente complicada.

El artista ha comentado en diversas ocasiones que la serie «**Quema**» refiere, de modo literal, a la quema de neumáticos en los campos del norte de México. El objetivo de estos incendios intencionales es calentar el ambiente, puesto que el humo sube la temperatura de los sembradíos, protegiendo de este modo los cultivos de las heladas del invierno. Para el artista-agricultor, el acto de quemar se encuentra en un espacio intermedio entre el daño medioambiental y la subsistencia económica de grupos humanos que dependen de la comercialización

de los cultivos para su existencia. La fotografía, entonces, capta la tierra quemada por el fuego y el humo que cumple una función térmica. Más allá de la función que tiene de entregar calor, el humo también libera monóxido de carbono y dioxina y furano en el proceso de combustión. La dioxina y el furano son compuestos tremendamente tóxicos y se presentan en los alimentos por medio de trazas. Asimismo, ambos componentes se alojan en los tejidos de humanos y animales y su concentración en seres vivos, incluso en pequeñas cantidades, es dañina y, como es posible imaginar, cancerígena.

La fotografía de Coppel visibiliza de un modo sutil pero efectivo una práctica común, pero peligrosa, del trabajo en el campo. El protagonista de la imagen es el humo producido por combustión. Si bien éste se disipa al cabo de un tiempo gracias a la circulación de aire, sus toxinas se mantienen de modo permanente en los cultivos y en los seres vivos que habitan esos lugares. La tierra quemada fotografiada por Coppel, yerma y sin habitantes, parece ser el presagio de un futuro cercano, en el que imágenes como éstas nos extrañarán cada vez menos. A medio camino entre la estetización de la tragedia y la documentación de una práctica familiar, la fotografía de Coppel —a través de su encuadre, luminosidad y equilibrio— parece mantenerse al margen de lo que está pasando a su alrededor. Su intención, sin embargo, semeja estar más cerca de una aproximación romántica del motivo del paisaje que de un cierto tipo de fotoperiodismo. Una imagen como ésta nos invita, entonces, a examinar una de las tantas formas que actualmente existen para pensar, desde el arte, la acción humana en la naturaleza. [U](#)

El acto de quemar se encuentra en un intermedio entre el daño medioambiental y la subsistencia económica de la comercialización de cultivos.